

Reflexión y espectáculo en la América virreinal

José Pascual Buxó

Éste que hoy se inicia es el séptimo de los Simposios Internacionales que, a lo largo de sus doce años de existencia, ha llevado a cabo el Seminario de Cultura Literaria Novohispana. Para nosotros, dedicados al estudio de las manifestaciones simbólicas de la sociedad virreinal, la fuerza mágica y evocadora de esas dos cifras no puede pasarnos inadvertida; como bien se sabe, la docena es el número de los signos zodiacales, fatalmente ligado a nuestras vivencias del tiempo y el espacio, y es la setena la cifra misteriosa en que concurren dos signos opuestos y, a la vez, complementarios: el tres, síntesis armónica del espíritu creador, y el cuatro, símbolo de los límites terrestres. No es menester la práctica de ninguna doctrina pitagórica ni la aplicación de ningún método cabalístico para comprender en qué medida esas cifras repletas de sentidos ancestrales pueden proporcionar alguna vislumbre de la aventura humana de un grupo de estudiosos de las raíces culturales de nuestro nuevo mundo mexicano.

En 1993, quien les habla, decidió cambiar su adscripción académica del Instituto de Investigaciones Filológicas, donde fundó y coordinó un Seminario de Poética durante nueve años (número, para quienes creen en los arcanos esotéricos, que determina el límite de una serie antes del retorno a la unidad) al Instituto de Investigaciones Bibliográficas y la creación en él de este Seminario en que hoy nos encontramos. Dejando de lado los inciertos influjos astrologales, fue sin duda mi primera vocación estudiantil —aquella que me nació a la vera de los dos Alfonsos, astros mayores de nuestra cultura humanística— la que me hizo cambiar, sin abandonarlas, las especulaciones teóricas por el estudio crítico de las letras y los poetas de la Nueva Es-

paña. No es mi propósito, queridos compañeros, hacerles el trazo de los avatares del grupo académico del que formo parte, en el cual —por maravilla— parecieran haberse ido cumpliendo todos los presagios de la numerología, sino tan sólo referirles algunas circunstancias que expliquen el propósito de la creación del Seminario y de estas reuniones académicas.

Por fortuna, no somos los únicos que en la Universidad Nacional Autónoma de México nos dedicamos al estudio de nuestra cultura colonial; hay prestigiosos grupos que investigan diversos aspectos de la historia política, económica, social y artística de ese periodo; verbigracia, los que se constituyeron desde hace décadas en los Institutos de Investigaciones Históricas y Estéticas, y continúan ensanchando el conocimiento de sus respectivos campos de interés; otros hay de formación muy reciente, como el que en el Instituto de Investigaciones Filológicas se dedica al estudio de la cultura popular en el ámbito de la Nueva España y, desde luego, son numerosos los colegas de nuestra Facultad de Filosofía y Letras que, sin pertenecer a ningún grupo y de conformidad con sus propias exigencias metodológicas, hace tiempo que llevan adelante una notoria tarea de investigación y crítica literaria. También en la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana, algunos colegas muy destacados se ocupan con rigor de la literatura escrita en los virreinos. Y no se diga la señera labor que, dentro de los Centros de Estudios Históricos y Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, manteniendo las ilustres tradiciones inauguradas por don Daniel Cossío Villegas y don Alfonso Reyes, continúan con eminencia numerosos colegas, así en el campo de la historia de las

mentalidades como en el de la crítica textual. En algunas universidades de provincia, roto desde hace tiempo el tabú que impedía acercarse con ánimo libre de prejuicios a nuestro pasado colonial, un puñado de jóvenes investigadores emprenden la indagación sistemática de un patrimonio inexplorado.

¿Qué razones académicas pudieron justificar la conveniencia de abrir en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas una Sección o Seminario dedicado particularmente al estudio de las fuentes de la literatura virreinal? O dicho diversamente: ¿qué lugar cabría asignarle a las manifestaciones literarias dentro de una dependencia originariamente creada para administrar la Biblioteca Nacional de México y hacerse cargo de la elaboración y puesta al día de la bibliografía nacional? Quizá la primera fue una razón de orden práctico: en sus fondos antiguos, la Biblioteca Nacional resguarda prácticamente toda la producción impresa y manuscrita de los ingenios novohispanos; lo que no se halle en sus acervos difícilmente se encontrará en otras bibliotecas públicas o privadas, incluso en aquellas del extranjero que se beneficiaron con el exilio —un tiempo vergonzosamente permitido— de nuestro patrimonio cultural. Pero la segunda razón era de índole más sustantiva: ha sido práctica antigua de la crítica literaria hispánica la de juzgar los valores estéticos y morales de las obras sujetas a juicio de conformidad con el gusto prevalente en cada época y no atendiendo a los cánones de aquella en que se escribieron, con lo cual queda dicho que la gran mayoría de las pertenecientes a los siglos XVII y XVIII que caen dentro de las modalidades culteranas o conceptistas fueron irremisiblemente condenadas como reos de los delitos



de mal gusto, oscurantismo y pedantería. Si nuestras historias literarias soslayaron o escarnecieron por sistema todo lo escrito o, por mejor decir, lo que ha sobrevivido de aquellos dos siglos barrocos, sin más excepción que lo que precedió al avasallante arribo de la “infición” gongorina, ¿cuál era, real y verdaderamente, la materia literaria de aquel pasado secular? Un clasicismo reaccionario, un liberalismo jacobino y, casi siempre, una lectura precipitada acabaron por vaciarla de contenido o, en el peor de los casos, por dar a sus contenidos una rara transtemporalidad histórica.

Respecto de lo primero, parecía recomendable que en el seno mismo de la Biblioteca Nacional se emprendiese la tarea de reconocer y clasificar la producción impresa y manuscrita de aquellos tres siglos que median entre el pasado autóctono y el presente autónomo de nuestra nación, con el fin de trazar un mapa más objetivo y navegable de sus ingentes depósitos documentales. Y esta tarea se lleva a cabo por doble partida; una, propia de romanos: la catalogación automatizada de los monumentales acervos antiguos de nuestra Biblioteca Nacional, a cargo del Instituto, y otra, infinitamente más modesta y avenida con los intereses propios del Seminario: la elaboración de bases de datos relativas a los impresos novohispanos, que se benefician sin duda de los grandes repertorios tradicio-

nales, y a partir de las cuales se diseña un conjunto de investigaciones que irán dando como fruto el estudio y edición de los documentos más relevantes. Vinculados a esta tarea crítica y editorial, se hallan los investigadores adscritos al Seminario, así como los tesisistas y becarios que nos van permitiendo incorporar los menguantes recursos financieros que el Estado destina al desarrollo de las ciencias humanas.

La segunda cuestión es mucho más ardua pero, en el contexto de este saludo preliminar, sería presuntuoso intentar darle una argumentación acabada. Sólo recordaré algo que ninguno de nosotros ignora: todavía hoy —a deshoras— se sigue discutiendo sin provecho acerca de cuál haya sido o podido ser la “verdadera” especificidad de nuestra literatura colonial. ¿Dónde termina en ella el dominio de lo español y aparece, sin sombras, lo mexicano? ¿En qué consiste o dónde reside esa escurridiza identidad en un periodo de nuestra historia en que la nueva nacionalidad aún no podía ser experimentada en los términos que la entendemos hoy? Son preguntas inquietantes que requerirían, sin duda, de una formulación más atinada.

El prurito de encontrar ciertos latidos preliminares de aquellos valores republicanos que dieron cauce a nuestra independencia como nación moderna o la ansiada prefiguración de nuestros gustos y preocu-

paciones de hoy en los escritores de aquellos tiempos iniciales de lo que vendría a ser una nación tan varia y compleja como sus multiplicados orígenes, ha impedido con frecuencia acercarse a su producción literaria con ánimo desprejuiciado y receptivo, es decir, conforme a su realidad histórica. El reducido número de obras literarias que puedan competir o siquiera alternar con las producidas en la España de los siglos áureos, ha sido también la causa de un inculcable despecho por parte de los historiadores de nuestro pasado cultural, que no se resignan al hecho de tener a una sola Sor Juana donde abundan tantos “misacantanos de glorias eclesiásticas y civiles”. Antaño, la ingente masa de impresos piadosos o devotos dio pie a los pensadores liberales para echar más leña al fuego de las persecuciones religiosas y los criminales excesos del tiránico gobierno de los españoles; hoy, en cambio, es materia succulenta para los modernos estudiosos de las mentalidades hagiográficas. Entre esos extremos —sin embargo— vivió la sociedad virreinal: el análisis de sus testimonios, que van más allá de la página escrita para inscribirse en muros y fachadas, festejos y ceremonias, disputas escolásticas y palestras literarias, epidemias y hambrunas, inundaciones y alborotos... nos permitirá conocer, con mayor objetividad de la que usaron nuestros predecesores, toda esa gama de mani-

festaciones artísticas o meramente documentales, que no podrán ser cabalmente entendidas si no se considera su pertenencia al universo simbólico de aquella sociedad multiétnica y pluricultural.

Ya en otras ocasiones, en el contexto de estos Simposios, hemos reconocido que — pese a no ser deleznable el número de autores y obras de verdadero mérito artístico — el total de la producción impresa durante los siglos virreinales no arroja un saldo favorable a la creación literaria. Las obras que podemos llamar propiamente poéticas no abundan, quizá con la relativa excepción de las dramáticas, ligadas casi siempre a la realización de festejos públicos, cuya descripción y difusión era también propósito primordial de las instancias civiles o religiosas que los promovían. Conocemos de buena fuente los títulos de muchas composiciones que nunca llegaron a imprimirse, en cambio, se imprimieron con reiterada facilidad un cierto tipo de obras mestizas en las que se combinan y entrelazan las artes de la poesía y la pintura: son los arcos triunfales erigidos para la entrada en las ciudades de virreyes y arzobispos o de las piras y catafalcos funerarios dedicados a la celebración de solemnes exequias. Quizá sea este género de obras uno de los más ajenos al disfrute de los lectores de hoy: responde ciertamente al propósito interesado y pragmático de la fingida glorificación

de un mandatario de cuerpos o de almas; repugna en ocasiones la untuosa servidumbre del halago cortesano al poderoso; pero — pese a todo — constituye, cuando alcanzan su perfección ideal, una de las creaciones más ambiciosas y complejas de la sociedad barroca: la construcción de una obra total, a cuya realización contribuyen todos los recursos miméticos del arte y todas las fuentes del conocimiento y el ingenio humanos.

En años recientes han visto la luz un número considerable de trabajos académicos acerca de la importancia y significación de los festejos públicos en el ámbito de la cultura renacentista y barroca, tanto en la España metropolitana como en sus antiguos dominios americanos. Por lo que hace a la producción literaria de la América española, no exageraríamos al afirmar que un grandísimo porcentaje de los libros y folletos impresos entre los siglos XVII y XVIII lo constituyen precisamente las relaciones de las felices “entradas” de sus gobernantes civiles o eclesiásticos o, por modo contrario, las fúnebres demostraciones a ellos dedicadas. Motivo de cortesana alegría o de formal pesadumbre, tales acontecimientos hallaron su expresión simbólica por medios muy diversos: saraos, mascaradas, arcos y carros triunfales, procesiones, novenas, piras funerarias... sin olvidar los tumultuarios autos de la fe, a los que siempre se dio un carácter espectacular, esto es, dirigidos a sorprender, amonestar y conmover al conjunto de una sociedad, diversa en su composición estamentaria, pero formalmente unánime en sus convicciones políticas y religiosas.

De modo, pues, que las monumentales fábricas en cuya factura se aliaban las artes hermanas de la poesía, la pintura, la escultura, la arquitectura, la escenografía y — tal vez — la música, no menos que la solemnidad de los actos académicos, funciones religiosas, representaciones dramáticas y otros festejos semejantes tenían como propósito principal el de “enseñar (e indoc-trinar) deleitando”. Es natural que en el caso de los festejos o ceremonias promovidos por la ortodoxia gobernante, éstos se orientasen a persuadir a los espectadores de la verdad incontestable de los dogmas religiosos y los hábitos políticos de la España

del Antiguo Régimen; eran, en suma, instrumentos que — a la vera de los sermones, bandos y proclamas — contribuían a asegurar la cohesión ideológica y social de todos los miembros de la monarquía católica, amenazada en otras latitudes — y aun en ocasiones dentro de sus propios territorios imperiales — por inquietantes herejías.

La factura y realización de todo espectáculo, al menos cuando se le concede una función ideológica relevante, como son particularmente los historiados arcos triunfales y las piras funerarias repletas de sobrecogedoras figuras alegóricas y textos didascálicos, o las obras dramáticas compuestas a propósito de celebraciones oficiales y asentadas — como las demás — en los vastos territorios de la erudición sagrada y humana, no atienden sólo a satisfacer las expectativas eutrapélicas de los espectadores, sino que tienen como fin más principal el de suscitar en ellos una reflexión acerca del asunto tratado, es decir, a penetrar con el entendimiento los significados políticos, religiosos, morales o escatológicos que antes estimularon artificiosamente sus sentidos. Así las cosas, los aparatos simbólicos a que nos hemos referido se constituyen como casos particulares de una semiosis discursiva múltiplemente articulada, y cuyos niveles de composición y significación es preciso distinguir y analizar desde perspectivas diversas, porque en esa clase de procesos culturales no sólo intervienen las prácticas artísticas y literarias al uso, sino que — de hecho — se imbrican en ellos todas las formaciones discursivas que constituyen una cultura vigente: teológicas, científicas, humanísticas, filosóficas y políticas. De ahí la necesidad de reflexionar, de nueva cuenta y sin premisas obligantes, sobre este rico y complejo mundo — tan real como imaginario — en el que se unen de manera patente y seductora las ilusiones del arte y las severas reflexiones del entendimiento.

El estudio ponderado de las manifestaciones culturales en los virreinos americanos ha ido acrecentándose de manera conspicua en los últimos lustros; tanto en España como en América se ha incrementado también la publicación de libros y ensayos que tratan de la literatura y las artes en ese periodo de nuestro pasado cultural. Desde sus





inicios, ha sido propósito del Seminario de Cultura Literaria Novohispana reunir periódicamente a los estudiosos que laboran en diversos ámbitos académicos y ofrecerles el espacio de esta institución para que —durante algunos días— compartamos el resultado de nuestros trabajos y afiancemos la indispensable comunicación entre quienes cultivamos un campo disciplinario siempre urgido de estímulo y reconocimiento. Una vez más, nuestra invitación ha tenido eco en este Séptimo Coloquio In-

ternacional entre colegas provenientes de diversos centros de enseñanza superior de nuestro país y del extranjero: las universidades de Salamanca y Sevilla, Nueva York, Columbia, Los Ángeles, Santa Bárbara, Arizona y Tennessee; Universidad Mayor de San Marcos y Pontificia Universidad Católica del Perú; El Colegio de México; Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Autónoma Metropolitana; Universidad de Las Américas, en Puebla, Autónoma de Zacatecas e Institu-

to Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, así como de los Institutos de Investigaciones Estéticas, Filológicas y Bibliográficas y de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México. ■

Palabras pronunciadas en la inauguración del VII Simposio Internacional del Seminario de Cultura Literaria Novohispana, celebrado del 9 al 11 de noviembre de 2005 en el Auditorio del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

¿En qué consiste o dónde reside esa escurridiza identidad en un periodo de nuestra historia en que la nueva nacionalidad aún no podía ser experimentada en los términos que la entendemos hoy?